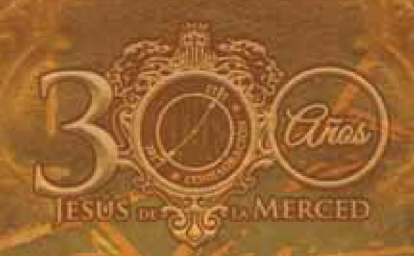


Cinco de Agosto

Walter Enrique Gutiérrez Molina



“He pecado contra el cielo y contra ti, ya no merezco llamarme hijo tuyo.” Viernes Santo, 25 de marzo de 2016. Fotografía: Giovani Minera.



Este folleto se publica anualmente desde 1976

Ejemplar del año 2017 - No.41

- PARROQUIA NUESTRA SEÑORA DE LA MERCED -

PRESENTACIÓN

Constituye un gran honor para mí, como Párroco del templo de Nuestra Señora de La Merced y Encargado General del Culto a Jesús Nazareno, presentar esta edición anual del "librito" cuaresmal 2017. Se presenta en este mes de marzo, cuando iniciamos la celebración de los 300 años de Consagración de tan venerada imagen. Estas páginas llenas de las más profundas esencias humanas y religiosas que tiene la devoción a Jesús de La Merced. Esencias, muchas veces desconocidas, y otras olvidadas por los que no aciertan a transmitir esos valores, en los que la historia, el arte y las letras sirven y se rinden al gran mensaje eterno que late en el fondo de los devotos y devotas, modelando una parte fundamental de su idiosincrasia.

Sabia recomendación es la que nos dejaron los maestros clásicos al advertir sobre la necesaria responsabilidad de guardar bien lo que hemos recibido y de saber trasmitirlo con fidelidad a las próximas generaciones. El Licenciado Walter Enrique Gutiérrez Molina supo hacer suya la máxima, y en esta historia "5 de agosto", nos da buen ejemplo de ello, aplicando en esta ocasión algo de la teoría de la cultura y estética barroca, matizándolo con la imaginación, basado en los hechos reales y documentados de la historia que rodean a Jesús de la Merced, sin olvidar la esencia de la fe y la devoción tan arraigada en él desde los tiempos de la consagración.

Aunque son notables los intentos realizados, se sigue necesitando una dedicación permanente a la investigación sobre la historia de nuestra devoción a Jesús de La Merced. Sin buscar en los archivos, sin una reflexión profunda y continuada en busca de la verdad, resulta ilusorio querer adentrarse con cierta seriedad en un trabajo con futuro. La investigación y el estudio son tareas inaplazables. En no pocas ocasiones, parece como si se hubieran unido la ambigüedad y la superficialidad. Afirmaciones rotundas sin la garantía del dato contrastado, sin la profundidad de una seria reflexión. A la falta de conocimiento objetivo se une el prejuicio, que soslaya la verdad comprobada. Si no se sigue ese camino con fidelidad, veremos el triunfo de lo superficial, lo aproximativo, interés partidista, un academicismo de salón que da un valor que no le corresponde a una teoría sin documentar y, como resultado, un conocimiento dañado y una verdad prostituida.

Equipaje imprescindible, y con el que hay que contar en este viaje, es el de la ética del pensamiento, la honestidad intelectual del investigador y la rectitud docente del maestro. Todos estos son buenos aparejos necesarios para adentrarse en ese campo de la investigación de la historia y el arte. El amor a la verdad es el gran apoyo para la superación de un pragmatismo racionalístico, donde la convivencia de la ideología sustituye a la responsabilidad de la adhesión práctica a una verdad que no puede ser ajena a lo que son los valores de una cultura, de un tiempo, del saber escuchar el lenguaje en que habla cada persona.

Pero habrá que defenderse de un humanismo deshumanizado en el que se prescinde de Dios y de toda realidad trascendente. El hombre se queda sin punto de referencia para los grandes interrogantes de su existencia. Como la lámpara no se enciende para ponerla debajo de la mesa, sino para que alumbre la casa, el investigador debe empeñarse en mostrar la verdad, la racionalidad, la inteligencia, lo ético, la fe.

A través de la historia, continuidad y cambio permanente son como una constante en el discurrir de las personas a lo largo del tiempo. Lo que celebra la Iglesia, en la memoria del misterio Pascual, no son simples acontecimientos históricos, sino la presencia intemporal de Cristo.

La publicación de estos "apuntes" nos ayudará a conocer mejor la ejemplar trayectoria de una fe, profundamente arraigada en los devotos de Jesús de La Merced, y a vivir con mayor fidelidad el misterio de nuestra fe celebrado en la pasión y la cruz, la muerte y resurrección de nuestro Señor Jesucristo.

DEDICATORIA

Vivir para ver. Vivir para contarlo. Vivir para gozar de estas páginas donde ya huele, en todos los sentidos del término, a Semana Santa.

Desde el puesto que tengo en La Merced, puedo ver cada madrugada de Viernes Santo los ojos suplicantes que, ajenos a todo, dialogan con el Señor; los pechos que lanzan suspiros de angustia; las lágrimas que se deslizan por los rostros; los labios que rezan aislados de todo, en medio de la multitud. He sentido con el frío de las madrugadas sobre mi cuerpo y palpado como algo tangible los silencios de los devotos, inexplicables en medio de una muchedumbre que se apiña y donde el rumor se diluye. He ido percibiendo como a medida que el Señor se aproximaba, enmudecía la calle y la noche se convertía en un inmenso templo propicio a la oración.

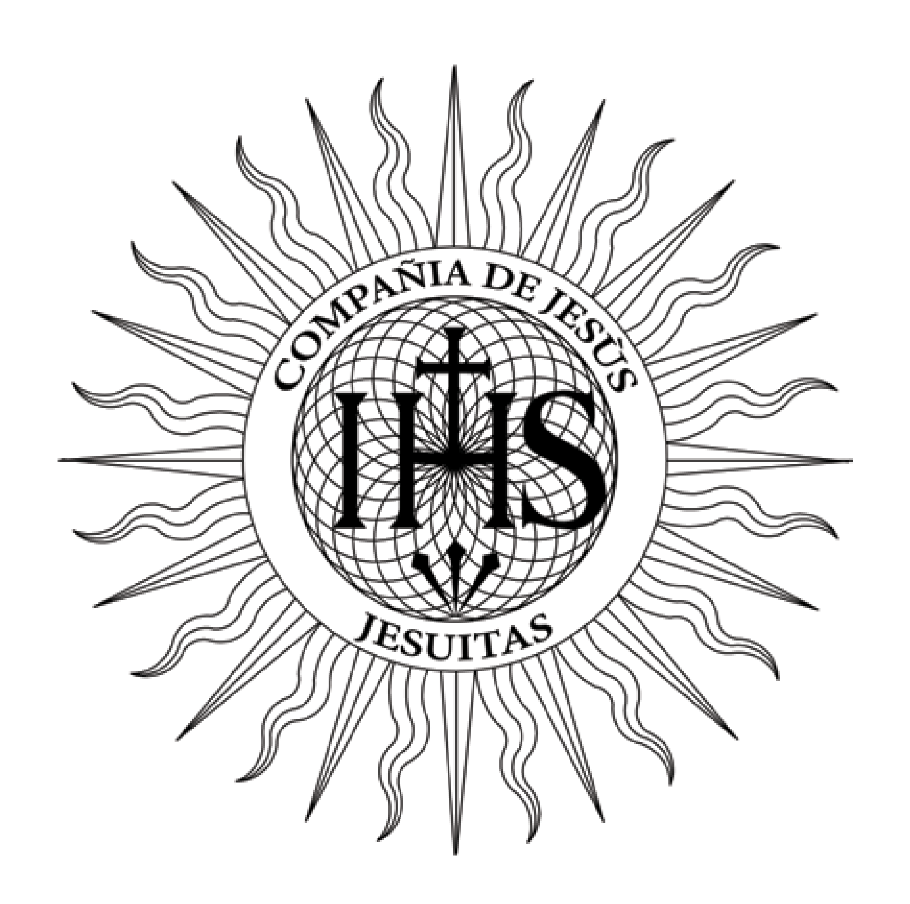
Sí, yo he visto rezar, llorar, vibrar a un pueblo que, devoto y contrito, sintiendo gravitar sobre él todo el peso de un poder sobrehumano, quedaba anonado ante la fuerza inconmensurable del paso valiente del Señor.

Para la actual grandeza que ha logrado alcanzar esa enorme devoción, han trabajado juntos, Jesús de La Merced, y ese grupo numeroso de hombres y mujeres, colaboradores y devotos que, durante más de tres siglos, se entregaron para lograr el engrandecimiento de esta devoción y despertar el fervor hacia esa Imagen portentosa que supera el dolor con la fuerza de su paso adelantado.

A todos ellos, se dedica este trabajo como homenaje y respeto a la labor y entrega que realizaron. Es la mejor prueba de que el hombre debe poner cuanto puede de su parte, sin pensar en cosechar los resultados, porque estos dependen de Dios y llegarán cuando Él lo considere oportuno.
Esas personas de una Guatemala lejana, pusieron cuanto pudieron y gracias a su esfuerzo, yo estoy seguro que por la gran devoción que lograron despertar en el pueblo, hoy forman legión incontable las almas de los devotos que gozan de la presencia de Dios.

Guatemala, 1 de enero 2017

P. Orlando Aguilar, S.J.
Párroco


COMPAÑIA DE JESÚS
IHS
JESUITAS

5 de Agosto

Walter Enríque Gutiérrez Molina
HISTORIADOR

A MANERA DE INTRODUCCIÓN

Una mente barroca crea, siempre lo ha hecho.

El misterio de sus pinturas, el movimiento de sus esculturas, la riqueza de sus construcciones, la exquisitez de su música y la exuberancia de su literatura imprimen una huella indeleble en la mente de quienes sumergidos en un mundo invadido por los detalles y la fe, viven, respiran y manifiestan su interpretación del mundo en cada resquicio de la cotidianeidad. El resultado: recrear lo visto, lo escuchado, lo saboreado y plasmarlo en la vida diaria.

No se hace referencia a un mundo de siglos atrás. Se habla de un mundo actual, de una sociedad acrisolada en el mestizaje de ideas, pensamientos, creencias y vivencias que al enraizarse en la tierra morena de Guatemala siguen dando frutos de riqueza y complejidad. El barroco que dio vida al Nazareno es vida y pan diario de este pueblo. Al fin de cuentas el barroco es mestizaje y lo mestizo engendra barroquismo.

Por eso, a las puertas del tricentenario de la consagración de Jesús de la Merced; de rodillas frente al monumental retablo dorado con pan de oro; viéndolo pasar tras el balcón oxidado de la casa que amenaza caer; llevándolo en hombros sobre magníficas andas talladas con primor y elegancia; imaginando su paso cadencioso con las notas adoloridas y llenas de sentimiento de sus magníficas marchas; viendo el paso de dulces, refrescos o juguetes desde la acera mientras se espera en una mañana soleada de Martes o Viernes Santos o presenciando su paso desde las terrazas de una ciudad que alterna en sus residencias el Art Nouveau, el Art Decó, el Funcionalismo, el Kitsch o todo junto; pero sobre todo agradecidos por el milagro de la vida; no se puede menos que continuar con su ejemplo de creación, fantasía y espíritu barroco.

Historia e imaginación; fe y devoción; recuerdos y misticismo; todo está conjugado a los pies del Señor del Viernes Santo guatemalteco para que viendo hacia aquel lejano cinco de agosto su recuerdo sea siempre creatividad, explicación, detalle, ofrenda, milagro, luz, sonido, olor y vida…

ÍNDICE

I Parte

Se hizo esta función con extraordinaria pompa y ostenta: se adornó toda la Iglesia por dentro y [por] fuera: pusiéronse dos aparadores con 200 fuentes y 60 picheles de plata: la noche antes hubo fuegos artificiales y la tarde después salieron por las calles siete carros triunfales y se hicieron otros regocijos, cuya relación se omite, por excusar prolijidad.

Domingo Juárros y Montúfar (1752-1821) al referirse a la consagración de Jesús Nazareno de la Merced en su obra "Compendio de la Historia de la Ciudad de Guatemala"; nota redactada un decenio antes del primer centenario de dicho acto

5 de Agosto

Eran años complejos aquellos. Aquella Muy Noble y Muy Leal Ciudad de Santiago de Guatemala había dejado de ser la diminuta población de españoles que fue en tiempos de don Bernal Díaz del Castillo y se había convertido a lo largo de todo el siglo XVII y especialmente en los primeros del siglo XVIII en una urbe llena de contradicciones y problemas propios de las ciudades americanas que por el mestizaje, prejuicios, rigidez, costumbres, influencias y carencias iban formando nuevas ideas y reacciones que desembocarían en las rebeliones e independencias del siglo XIX.

Una nueva dinastía reinante, la de los Borbones, era menos piadosa y más absolutista; pero las tradiciones tardan en movilizarse, por eso son tradiciones y se convierten en cultura. Por eso la Semana Santa, el Corpus, la Navidad, las rogativas, las procesiones de sangre, las piadosas ceremonias, los sermones exaltados, la fastuosidad y la elegancia barroca encontraban eco profundo en aquella bella ciudad que florecía con pelargonios, rosas, azahares, buganvilias y estallaba en cristalinos chorros de agua fresca.

Recibimientos de capitanes generales, obispos, priores, guardianes, comendadores, superiores, oidores o visitadores se sumaban continuamente a las infaltables procesiones de la ciudad. Especialmente conflictivo había sido el cambio de siglo en tiempos del obispo Fray Andrés de las Navas y Quevedo y del capitán don Gabriel Sánchez de Berrospe. Algo de tranquilidad trajo la llegada de don Fray Mauro de Larreteagui y Colón, pero la llegada de don Fray Juan Bautista Álvarez de Toledo a la silla episcopal de Santiago en 1713 tenía a los habitantes a la expectativa de las tensiones religiosas.

El Ayuntamiento cada vez luchaba más fuerte por sus privilegios; los comerciantes intensificaban sus actividades y por supuesto incrementaban sus caudales a pesar de las dificultades del Reino para comerciar.

Las capas medias, rodeaban ya la ciudad y habían desplazado prácticamente

a los descendientes mayas que habitaron originalmente algunos barrios de la Ciudad.

Las fiestas eran esperadas por toda la comunidad y entre ellas sucedió una que marcó para siempre la vida de millones de almas a través de los siglos…

I

En las goteras de la Ciudad

El invierno de aquel año de 1717 había empezado puntual. Mayo en el barrio de San Antón dejaba ya su huella. Lodazales y musgos eran la combinación perfecta para resbalarse en las calles olvidadas de aquel sector de Santiago de Guatemala. A decir verdad, casi no había lugar en la capital del reino que no tuviese problemas en el invierno. El Pensativo se desbordaba e inundaba la Cruz del Milagro; entraba a la huerta del Hospital de Belén; se metía en la Parroquia de Nuestra Señora de los Remedios y a veces llegaba hasta El Calvario. El Magdalena también hacía destrozos allá por donde descendía de Jocotenango. Las noches eran por demás oscuras y nadie se atrevía a salir de su casa. Ni el agua, ni las condiciones de las calles, ni los espantos lo permitían…

Madre, ¿ha visto cómo el volcán tiene un resplandor como de fuego en la cima?

Si Juan de Dios, seguramente está enojado; y eso que hay tormenta.

Mañana que vaya a la herrería del maestro Domingo, caminaré un poco más e iré a saludar al Nazareno de la cofradía de la Merced. Dicen los vecinos de por allá que es poderoso y milagroso. Aunque este cubierto con su velo, siempre tiene gente rezándole.

Cómo no ha de serlo Juan de Dios, si es la imagen más parecida a Nuestro Señor. Lo decía su difunta abuela, y si ella lo decía es porque así era. Así contaban muchos vecinos de aquellos años de finales del siglo pasado; yo todavía lo escuché decir, y ya ve como cada Jueves Santo nadie falta a verlo pasar cuando sale en la procesión durante la noche. Apague ya la vela, la noche esta lluviosa y es mejor descansar. Recemos nuestras oraciones y primero Dios, mañana yo voy también a la capilla del Nazareno.

La altiva ciudad de Santiago de Guatemala se refugiaba temprano detrás de los gruesos muros de cal y canto techados con teja, trabajados todos por los

kaqchikeles del Corregimiento del Valle, especialmente de San Miguel, San Lorenzo y San Sebastián El Tejar. La población rondaba los veintiséis mil quinientos habitantes por aquellos días de 1717. La gran mayoría eran mestizos, "gente ordinaria", como los criollos y españoles les llamaban, y vivían en las goteras de la ciudad, formando un sistema periférico de sencillas casas.

Lo que originalmente fueron las milpas de los conquistadores en el lado poniente y norte del pequeño valle, se fueron convirtiendo a lo largo del siglo XVI y XVII en los barrios de la ciudad. Ahí tenían los padres mercedarios una casa de formación atendiendo a los habitantes de San Antón. Este barrio había empezado a crecer después de los terremotos de Santa Olaya (Eulalia) de 1689.

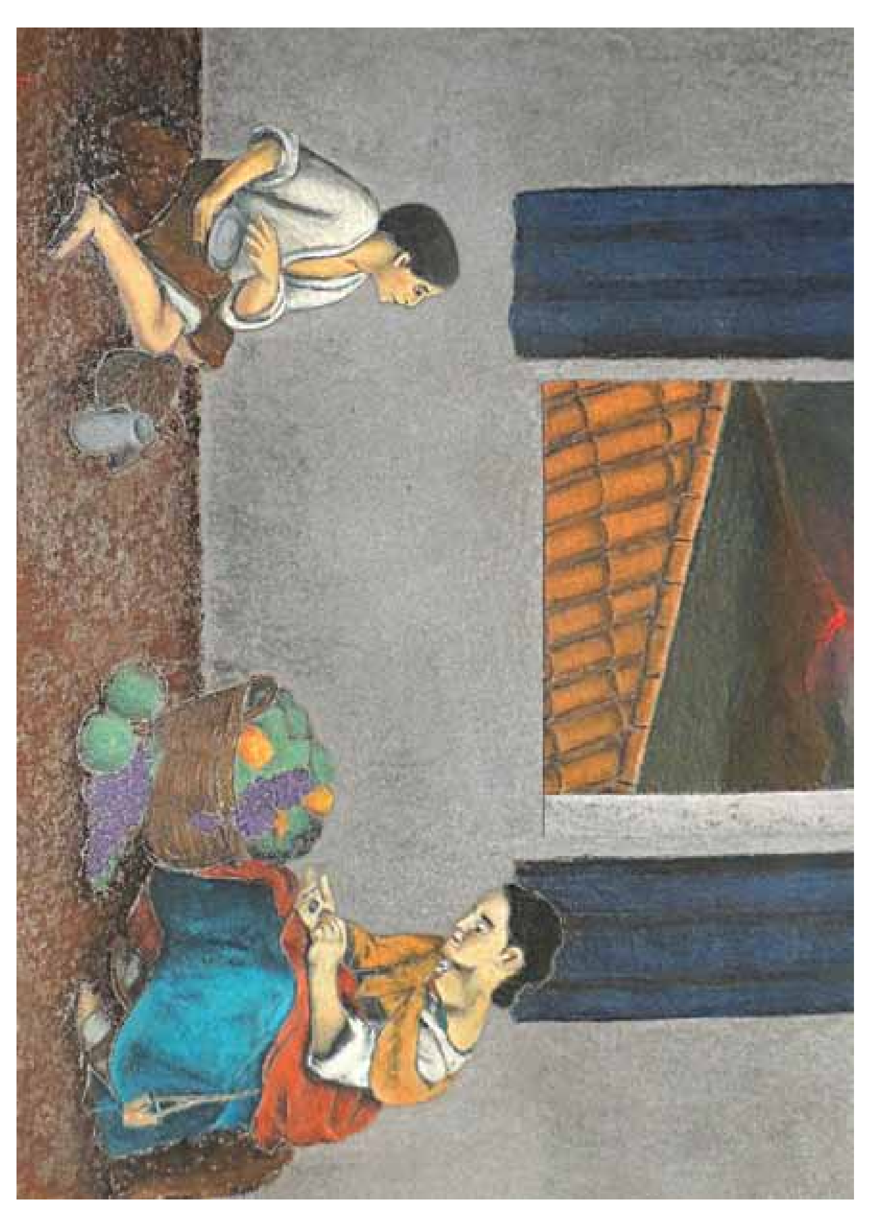
Además de San Antón; El Chajón y Santiago Apóstol cobijaban un nutrido grupo de mestizos que iban formando la gran capa media de la sociedad. Algunos aprendices, otros oficiales en los talleres de artistas y artesanos, otros vagabundos o desempleados. Solo el oratorio de la Cruz de Piedra los separaba de la Calle Ancha, la que servía de principio y fin al camino real, el que después de muchísimas jornadas de camino llegaba hasta México.

Allí vivía Juan de Dios Hernández y doña Engracia, viuda, mestiza, de una segunda generación. La madre de doña Engracia había nacido en el cercano pueblo de Santa Ana Chimaltenango y su padre fue un español empobrecido. Al ser bautizada, el sacerdote colocó en el registro: "hija ilegítima, mestiza", tal como correspondía.

Vivía en una casa pequeña en aquel barrio junto a su hijo, en un punto en el que aún se lograba ver algo de aquel temido volcán que tanto había espantado al fraile dominico Tomas Gage hacía casi cien años antes.

Como la gran mayoría de la población que habitaba la inmensidad del imperio español, su visión de la vida, la religión y la vida diaria estaban marcadas por las devociones, la superstición, la sencillez y las creencias populares.

Aquella noche, al apagar la vela de sus habitaciones, después de rezar a las animas benditas, un aguacero se dejó caer en la ciudad, iluminada solo por los continuos relámpagos que obligaban a doña Engracia a santiguarse e invocar a Jesús Nazareno hasta quedarse dormida… Así se vivían los duros y lluviosos días de aquel año del Señor de 1717 en las goteras de la capital del reino.



Doña Engracia vivía en una casa pequeña en aquel barrio junto a su hijo, en un punto en el que aún se lograba ver algo de aquel temido volcán.

II

A la luz de las arañas del hierro forjado y bebiendo chocolate

En las cercanías del templo de Nuestra Señora de las Mercedes se vivía otra realidad. En una gran casa, recién concluida, de tres patios, fuentes y hermosas macetas de loza vidriada, algunas de Totonicapán y otras de Puebla de los Ángeles, la noche discurría amena y complementada con humeante chocolate servido en exquisitas jícaras con asas y soportes de plata; una verdadera curiosidad que los artistas de la Calle de los Plateros, de allá por el barrio de Santo Domingo, estaban realizando desde hacía unos años y que las casas de los más encumbrados personajes de Santiago no podían dejar de poseer.

Don Juan Antonio Colomo, prestamista y comerciante, recibía aquella misma noche a sus compañeros cofrades Don Carlos de Nájera, don Juan Ignacio de Uría y otros prominentes miembros de aquella cofradía histórica, fundada en 1582 y que se reunía bajo la mirada de Jesús de la Merced.

Candelabros, cojines, damascos y sedas ornaban las salas donde los caballeros departían y discutían animadamente. Un retrato de la Virgen de Mercedes y otros de algunos santos de la orden, un Cristo de ánimas sobre una mesa, alhajas de plata y algunas sillas fraileras que descansaban sobre alfombras completaban el ambiente. La servidumbre había dejado ya de llevar chocolateras y panecillos. Doña Francisca de Pereira, su esposa, se había despedido cortésmente, retirándose a sus aposentos.

Por entre los balcones de hierro forjado que daban hacia el poniente,

don Carlos curioso, alcanzó a ver cómo entre la oscuridad de la tormenta, un penacho de fuego se alzaba sobre el volcán.

¡Válgame Dios! Otra vez ese molesto cerro escupiendo fuego. ¿Es que no se cansará el infame demonio de darnos tormento con esas explosiones?

Calmaos don Carlos, ni mencione al príncipe de las tinieblas. Ya ve que este volcán nos tiene con el Jesús en la boca desde hace meses. Primero Dios no pase a más. Pero por si acaso, mañana podríamos pedirle al superior provisional del templo que pensemos en descubrir al Nazareno. Solo Él puede protegernos con su providencia. Espero que no se oponga, ya ven que desde la muerte de Fray Francisco de León Garavito, legítimamente electo en el capítulo pasado, las cosas no son tan fáciles en La Merced. Pero, concluyamos esta reunión lo más pronto posible, tampoco es prudente que vosotros salgáis en los carros más allá de las diez de la noche. Me interesa mucho que el proyecto de la consagración de Jesús Nazareno quede resuelto para que Su Señoría Ilustrísima no dude en acceder a realizarla.

Don Juan Antonio conoce muy bien al seguidor del seráfico. Es un personaje controversial, replicó don Juan Ignacio.

Se ve que Usted, don Juan Ignacio no le quiere mucho. Conozco a Fray Juan Baptista desde sus días en el convento de San Francisco. ¡Cómo han cambiado las cosas! Llegó a ser lector dos veces jubilado, superior de su convento y ya ven que su astucia y celo lo hicieron ser recomendado por Su Majestad para la silla de Ciudad Real de Chiapas. Por algo Dios lo ha traído de nuevo a esta ciudad. Yo lo he conocido muy bien. Cuando fui Tesorero General del Reino, Tesorero del Papel Sellado y nombrado Regidor de la Ciudad hice buena amistad con Su Señoría; no dudo que acepte ser participe y consagrante del Señor Nazareno.

Además, a Su Ilustrísima también le gusta el boato –replicó don Carlos-, y es una oportunidad para congraciarse con todos en la Ciudad. ¿Supieron de la consagración del obispo de Chiapas en San Cristóbal Totonicapán, don Jacinto Antonio de Olivera y Pardo? Las lenguas más afiladas dicen que fue a presumir el nuevo templo de los franciscanos en aquella población.

La verdad que tiene por qué don Juan Ignacio. La construcción resultó magnífica: de mampostería, con artesonado, retablos dorados a fuego, plata en cantidades admirables y rica pintura mural. En realidad hasta nosotros debiéramos ir allá, dijo don Carlos con seguridad.

Pues no lo sé don Juan Antonio, el Señor Obispo es especialmente conflictivo, volvió a la carga don Juan Ignacio. ¿Supo que se ha enfrentado a los frailes de Nuestro Padre Santo Domingo, ya anda sobre sus doctrinas en la Candelaria, en San Salvador y en el Valle de la Virgen? Hasta Fray Francisco Ximénez que tanto ha trabajado podría quedar en esa batalla de visitadores y exámenes.

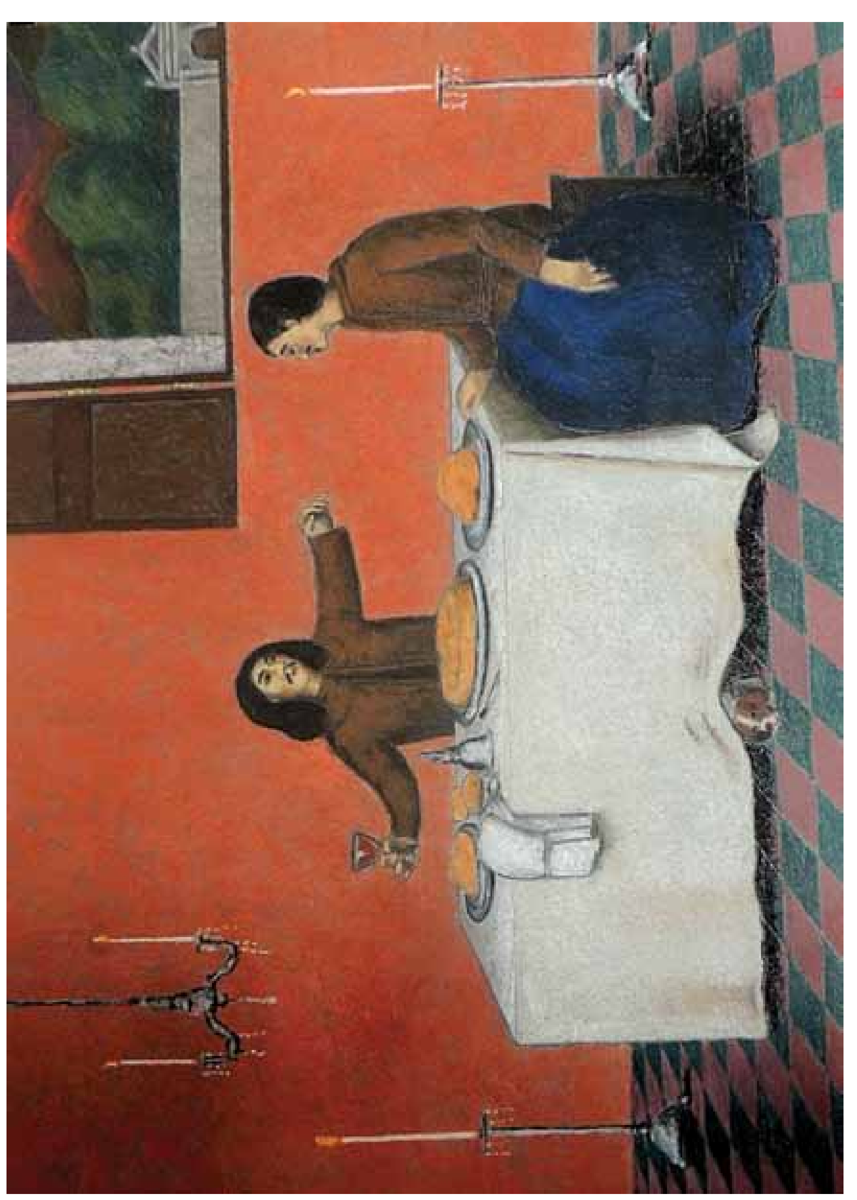
Pues ya ve don Juan Ignacio, la consagración de Jesús Nazareno es una ocasión para hacer las paces, y que mejor que a los pies del que es retrato fiel del mismísimo Señor que anda glorioso en los cielos. Me parece que la Orden de Predicadores podría ser quien apadrine el acto. Por supuesto que todas las ordenes estarán invitadas: los franciscanos especialmente, jesuitas, agustinos, hospitalarios, recoletos, neredianos y unos muy especiales, los betlemitas que han abierto un hospital en el extremo sur de la ciudad y de quienes he escuchado que su fundador le tenía un gran amor a nuestro Nazareno.

¿De dónde sacaremos el dinero para los gastos don Juan Antonio?

No se preocupe don Carlos, ya les informaré.

Y mientras las horas transcurrían, la lluvia disminuía su intensidad, pero el volcán incrementaba sus retumbos. Antes que la décima campanada del reloj público de la torre de Santo Domingo se dejara escuchar como gallo que canta en la lejanía, las ruedas de los carros de Don Carlos y don Juan Ignacio trinaron sobre el empedrado del zaguán de la casa de don Juan Antonio y salieron rumbo a las anegadas calles de la ciudad; uno se perdió sobre la calle de las Campanas, el otro dobló por las catalinas hasta llegar cerca de la Compañía de Jesús.

Mayo reverdecía por completo la ciudad, hasta los patios y los tejados de las mejores casas de Santiago, como la del primer mayordomo de la cofradía mercedaria, haciendo que peatones y carruajes corrieran el riesgo de resbalarse entre los musgos que el invierno prodigioso hacía crecer como por arte de magia en cualquier superficie; y entre aquel verdor, las fragantes flores que daban color y aroma a las plazas, alamedas y casas de la ciudad, se dormían al cobijo de las noches frescas de la estación lluviosa.



Don Juan Antonio Colomo, prestamista y comerciante, recibía aquella misma noche a sus compañeros cofrades en su residencia, espaciosa y cercana al templo de los mercedarios.

III

Aquel hermoso Palacio

El día del precursor, el palacio episcopal de Santiago se animaba más de lo habitual desde 1713. El obispo franciscano celebraba con mucha pompa al Baptista, y es que se sentía sumamente dichoso de llevar su nombre y al mismo tiempo de ocupar la mitra del apóstol Santiago en la misma ciudad que lo vio nacer.

Dueño de una personalidad controversial, Álvarez de Toledo había forzado sus apellidos para emparentarse con los duques de Alba, la historia parecía ya olvidada por aquellos años. Desde muy pequeño quedó huérfano pasando un sinnúmero de desavenencias hasta ingresar al convento franciscano de la Ciudad de Santiago, doctorándose en teología en 1688. Fue presentado por el Rey de España para el obispado de Chiapas en 1708, regresando a finales de 1712 a Guatemala convertido en el décimo cuarto sucesor del licenciado Francisco Marroquín.

¡Su Ilustrísima!

¡Don Joseph Varón de Berrieza! Me habeís desconcentrado…

Mil disculpas su Ilustrísima, pero es urgente que atienda algunos asuntos de capital importancia.

Estaba admirando las pinturas del claustro principal del palacio señor deán. No cabe duda Fray Mauro de Larrateagui hizo un gran esfuerzo para dejar concluido este gran edificio. Lo que más me sorprende es que ni el capitán general ni el ayuntamiento hayan logrado proeza semejante.

Así es Su Ilustrísima, su antecesor, a pesar de la austeridad que mandaba la regla del orden de san Benito, no escatimó en concluir esta hermosa residencia, digna del representante de la Iglesia y del Rey. Mirad que contrató a los más renombrados pintores para la decoración. ¡Qué Dios lo tenga en su gloria!

Vamos don Joseph, quiero ver los informes de la visita pastoral que encargué a don José de Zarazúa en Santa Ana, pero me interesa sobre manera el avance de la elevación a metropolitana de esta sede. Sería una gran gloria para Santiago de Guatemala.

No lo dudo Fray Juan Bautista… Su Ilustrísima. Pero hay otro asunto que debe tratar. Desde hace unos días, don Juan Colomo, mayordomo de la Cofradía de Jesús Nazareno de la Merced, espera la confirmación para la Consagración de la santa imagen. Y si me permite, me parece que debe dar respuesta afirmativa a todo lo que le solicitan. Incluso, la participación de la Orden de Predicadores como padrinos del acto.

¿A los dominicos?

Si Su Iustrísima; no veo porque seguir con la tensión que se ha desatado. Además recuerde que su predecesor Fray Andrés de las Navas y Quevedo ya había tenido roces con la orden, y habiendo sido él mercedario, la idea de la cofradía resulta muy generosa.

Bueno, bueno, seguiré su consejo, pero no retrocederé en el examen de todas las doctrinas, especialmente las dominicas. Vamos señor Deán, el tiempo apremia. La fecha propuesta, un día antes de la Transfiguración del Señor me parece perfecta. Hoy mismo comisionaré al Señor Chantre y al Señor Maestrescuela para que preparen el ceremonial. Ah… por favor, mande que preparen el carruaje, deseo visitar a mi protectora la Virgen de los Pobres. He

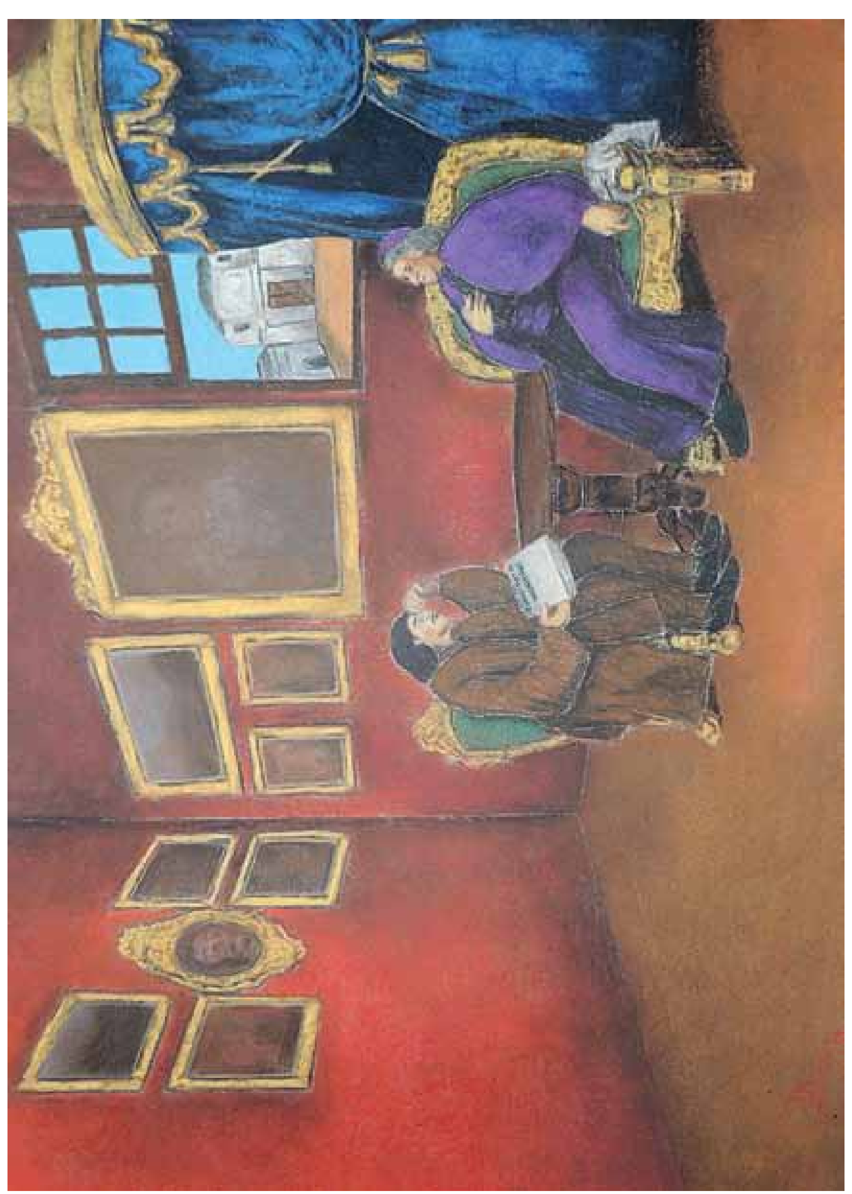
oído alarma del vecindario por los retumbos del volcán. Espero que no pase a mayores, pero quisiera pedirle su protección.

Juntos atravesaron el claustro sin perder de vista las elegantes pinturas murales en tonos rojos logradas con cochinilla que con diseños grutescos cubrían las dos plantas del palacio y la arquería; hacían magnífico juego con los coloridos pelargonios que colgaban haciendo de aquel edificio un lugar que invitaba a la paz. El empedrado del pequeño patio se encontraba limpio, y de los tazones recubiertos de azulejo de la fuente brotaban abundantes chorros de agua que llegaban hasta allí por la gravedad de la inclinación de las tuberías de barro cocido que surtían las principales edificaciones de la ciudad.

La mañana concluyó y después del rezo del Angelus en la capilla episcopal, Don Juan Bautista Álvarez de Toledo recibió a su cabildo eclesiástico con quienes celebró a San Juan; luego tomó un descanso y hacia las cuatro de la tarde salió rumbo al templo de los franciscanos, magnífico edificio construido por Joseph de Porres y concluido en 1699 al cual solía acudir para venerar a los santos de su orden, pero especialmente a la Virgen de los Pobres.

¿Sabe madre? Decía Juan de Dios esa noche. Hoy vi salir del palacio al Señor Obispo, ¡Qué elegante y suntuoso!

Sería por su santo, respondió doña Engracia. Dios lo guarde por muchos años.



Aquel día de San Juan, el Dean de la Catedral le recordaba al Señor Obispo que desde hace unos días, don Juan Colomo, mayordomo de la Cofradía de Jesús Nazareno de la Merced, esperaba la confirmación para la Consagración de la santa imagen.

IV

Un hospital peculiar

Si Fray Rodrigo estuviera con nosotros todo sería más fácil, decía en voz baja Fray Luis de la Concepción.

No reniegue Fray Luis, replicó un fraile anciano que a pesar de su edad alcanzó a escuchar la queja de aquel fraile que llevando y trayendo víveres desde la puerta de la calle, cruzaba el claustro con dirección a la cocina de aquel Hospital que llevaba por nombre Belén y que atendía convalecientes pobres.

Hacía un año poco más o menos que el primer superior de la orden había partido al encuentro con el Señor. Un retrato en la amplia y hermosa portería junto al Hermano Pedro de San José de Betancourt, recordaba la figura de Fray Rodrigo de la Cruz.

La queja de Fray Luis se debía a la dificultad para recaudar fondos para la obra. Julio con sus lluvias torrenciales hacían complejo el trabajo y la atención a los enfermos que debido al mal clima abundaban por aquellos días.

El anciano fraile ayudó a Fray Luis mientras le decía: no se aflija, la canícula esta pronto a llegar y la ciudad se anima con la fiesta del patrón Santiago y seguramente con las oraciones y penitencias que ofrezcamos, el corazón de los nobles sea generoso y los presentes para los pobres solucionen nuestras penas y las de nuestros enfermos. Dios lo oiga Fray Agustín, necesitamos de mucha caridad para seguir atendiendo a los enfermos que ya no pueden ser socorridos ni en el hospital de San Alejo ni en el de Santiago, y ya ve que cada día son más.

Por cierto Fray Agustín ¿Ha escuchado que la fiesta de Santiago no será tan pomposa como otros años? Dicen las gentes de allá por San Francisco, San Pedro y la Escuela de Cristo que en La Merced habrá un acontecimiento importante el próximo mes de agosto.

Si, algo he escuchado Fray Luis. Sabe, el otro día conversando con uno de los legos de La Merced, me contó que la cofradía está arreglando una consagración…

¿Una consagración?

Si, una unción para el Nazareno.

¿Y eso es común Fray Agustín?

No, pero eso es lo que dicen allá. Y que seguramente será una ocasión para reunir a toda la sociedad de esta muy noble y muy leal ciudad. ¿Sabe algo? Nuestro fundador era especial devoto del Nazareno de la Merced. Con permiso del comendador de la orden entraba las noches de cuaresma y pasaba en oración y penitencia delante de la devota imagen. También lo acompañaba en la noche de Jueves Santo, haciendo penitencia como cualquier otro miembro de la cofradía.

No sabía Fray Agustín.

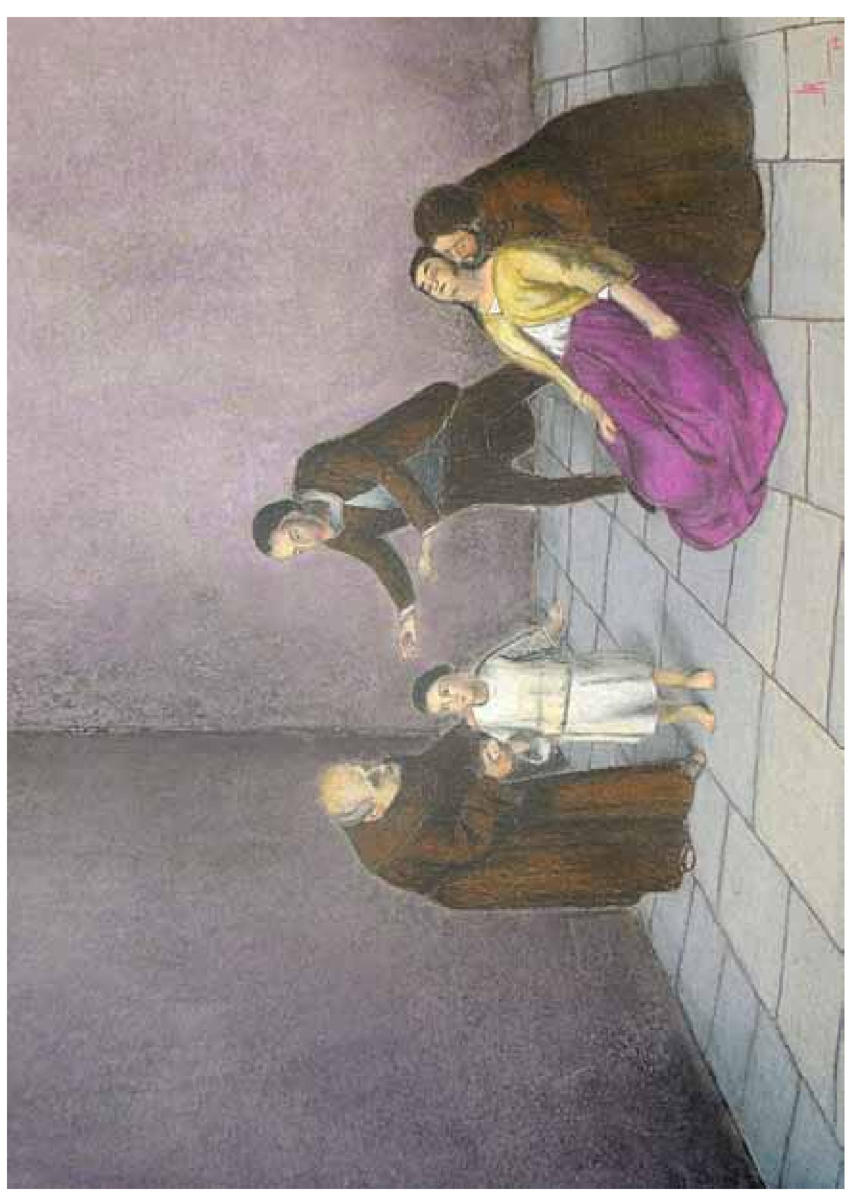
Seguramente será una ocasión afortunada para la ciudad, y sobre todo para la piedad y caridad hacia nuestro hospital Fray Luis; recuerde que el Señor Obispo decreta indulgencias en ocasiones semejantes y motiva a la misericordia con los pobres.

¿Usted cree que la Orden de Belén asista al acto?

Ya lo creo Fray Luis, el recuerdo de nuestro fundador y nuestro recién fallecido primer superior así lo exige. Además me parece que es una magnífica oportunidad para hacer pública la obra que tanto bien le hace al espíritu de la ciudad.

Pero dese prisa Fray Luis, en unos minutos la campana llamará al Angelus y aquí no habrá comida para los enfermos si seguimos deliberando sobre las cosas que vienen.

Más temprano que tarde sonaron las campanas del hermoso campanario levantado por don Joseph de Porres que complementaba la portada de aquel moderno hospital. Junto al llamado al rezo del Angelus de aquellos bronces, se dejaron escuchar los de la Escuela de Cristo, la Santa Cruz y a lo lejos los de la parroquia de los Remedios y los del templo de San Francisco. En un decir Jesús, los frailes que atendían el Hospital de Convalecientes de Belén rezaron la salutación del Ángel a la Virgen y luego se dedicaron a alimentar a los pobres distribuidos en las dos grandes salas del claustro, a la manera del Real Hospital de Santiago atendido por los Hospitalarios de San Juan de Dios, y que con suma dedicación y esmero había construido con hábiles recaudaciones Fray Rodrigo de la Cruz.



¡Dios lo oiga Fray Agustín, necesitamos de mucha caridad para seguir atendiendo a los enfermos! Era la queja de Fray Luis aquel medio día del mes de julio.

V

La víspera del gran día

Una ligera llovizna bañaba las calles de la Ciudad de Santiago de Guatemala aquella mañana del cuatro de agosto. Decenas de muchachos, caballeros y damas allegados a la Cofradía de Jesús Nazareno de la Merced iban y venían por las calles cercanas al templo de la Orden Redentora de Cautivos.

Don Juan Colomo era un verdadero manojo de nervios. Daba órdenes por todos lados, solamente bajaba la voz cuando de pronto aparecía el provincial Fray Matías Dávila, quien como se había acordado entró al templo después del rezo de las doce del día. A esa hora y con la presencia de todos los frailes y los cofrades se procedió a bajar a Jesús Nazareno de su camarín. Se le colocó en la sacristía y se procedió a preparar el espacio para revestirlo con la hermosa túnica de terciopelo de seda color burdeos recamada en oro y preparada por el mayordomo desde hacía ya más de un año, poco tiempo después de asumir el puesto principal de la cofradía en julio de 1716.

En verdad que Usted ha sido muy provisor, don Juan; decía el provincial de la Orden al ver aquella exquisita obra.

De las moreras de Nueva Galicia he hecho traer esta fina tela para que la bordaran las monjas de la Concepción –respondió don Juan-. Ya ve que si de Guadalajara nos están enviando estas sedas exquisitas para que acá se borden, lo menos que se puede hacer es que la túnica para esta fecha se trabaje con las mejores manos.

Y no se ha equivocado don Juan, asintió Fray Matías.

¡Cuidado! Se oyó de pronto en el altar mayor. A la voz todos giraron a ver. Un joven que colocaba picheles de plata estuvo a punto de caer de un andamio.

Ya ve como todo debe hacerse despacio, replicó don Juan a don Carlos, quien estaba a cargo de la supervisión de la decoración del altar mayor, que aunque sin concluir iba quedando muy suntuoso para aquella magna ceremonia.

Del interior del convento y de varias casas de regidores de la ciudad y de cofrades llevaban picheles, fuentes, ánforas, jarrones y cráteras de plata que lentamente iban formando un espectáculo singular. Todos fueron colocados en dos grandes aparadores también de plata, especialmente construidos para que pudieran contener toda los argentíferos objetos que se había reunido; cada aparador tenía cinco cuerpos y en total lograron contener doscientas sesenta piezas. Fragantes rosas de castilla, nardos, lirios y gladiolas se fueron colocando primorosamente en algunos puntos para embellecer el monumental sitial de la Consagración. Candelabros y velas se fueron organizando en el reducido espacio del presbiterio para dar luz y brillo a aquella extraordinaria acumulación de plata, como no se había visto en la ciudad.

Bueno, ya que estamos en el presbiterio veamos el avance de don Juan Ignacio y su compañía de trabajo. ¡Vamos!

Saliendo por la puerta de San Juan de Letrán, los dos caballeros se dirigieron al amplio atrio mercedario.

¡Don Juan Ignacio, como habéis avanzado!

Así es, he contado con un nutrido grupo de jóvenes hábiles para estos menesteres. Observad los gallardetes de toda la cornisa del

templo. Todos han sido colocados ya. Mirad si no hacen perfecto contraste sus tonalidades carmesí con el emblema de la Orden, alternados con el Escudo de Santiago y el Armas Christi. Todos fueron hábilmente bordados por nuestras cofrades. Y mirad la fachada, las guirnaldas de fresco encino le dan una vistosidad sorprendente.

También hemos marcado ya los lugares donde se colocarán las baterías de fuegos de artificio sobre la portería del convento y las naves del templo. En un momento arribarán los polvoreros de Milpa Dueñas y Escobar con una dotación que se oirá hasta Santo Domingo Mixco por el este y Santa Ana Chimaltenango por el oeste ¡Voto a Cristo! Jajaja, rio don Juan Ignacio con orgullo.

Tal era la emoción que los cofrades mercedarios manifestaban por los preparativos de la gran ceremonia a la que con toques de atabales y clarines se había invitado por los cuatro puntos cardinales de la ciudad y pueblos vecinos. Los emisarios habían llevado personalmente las invitaciones a los conventos de Nuestro Padre Santo Domingo, del Seráfico San Francisco, de los hijos de San Ignacio, del Padre Agustín, de los seguidores de San Felipe Neri, de los humildes Juaninos que atendían el Real Hospital y el Lazareto, por supuesto a los padres Recoletos, muy amigos del Señor Obispo; a los canónigos presbíteros de las tres parroquias de la ciudad: El Sagrario, San Sebastián y Nuestra Señora de los Remedios. Y por supuesto, aquellos abnegados varones del Hospital de Belén. Los conventos femeninos de clausura de la Concepción, Santa Teresa, Santa Catalina y Santa Clara habían recibido una ofrenda de reliquias propias de los grandes acontecimientos.

Las horas pasaban, el interior del templo se engalanó con profusión de damascos con los emblemas de la Orden y las columnas sobrias de cal y canto tomaron vida. Del barrio de la Recolección llegaron

altareros que vistiendo a los ángeles de la cofradía de La Esclavitud los fueron colocando debajo de los arcos de las naves portando los signos de las pasión del Señor y ramos de flores.

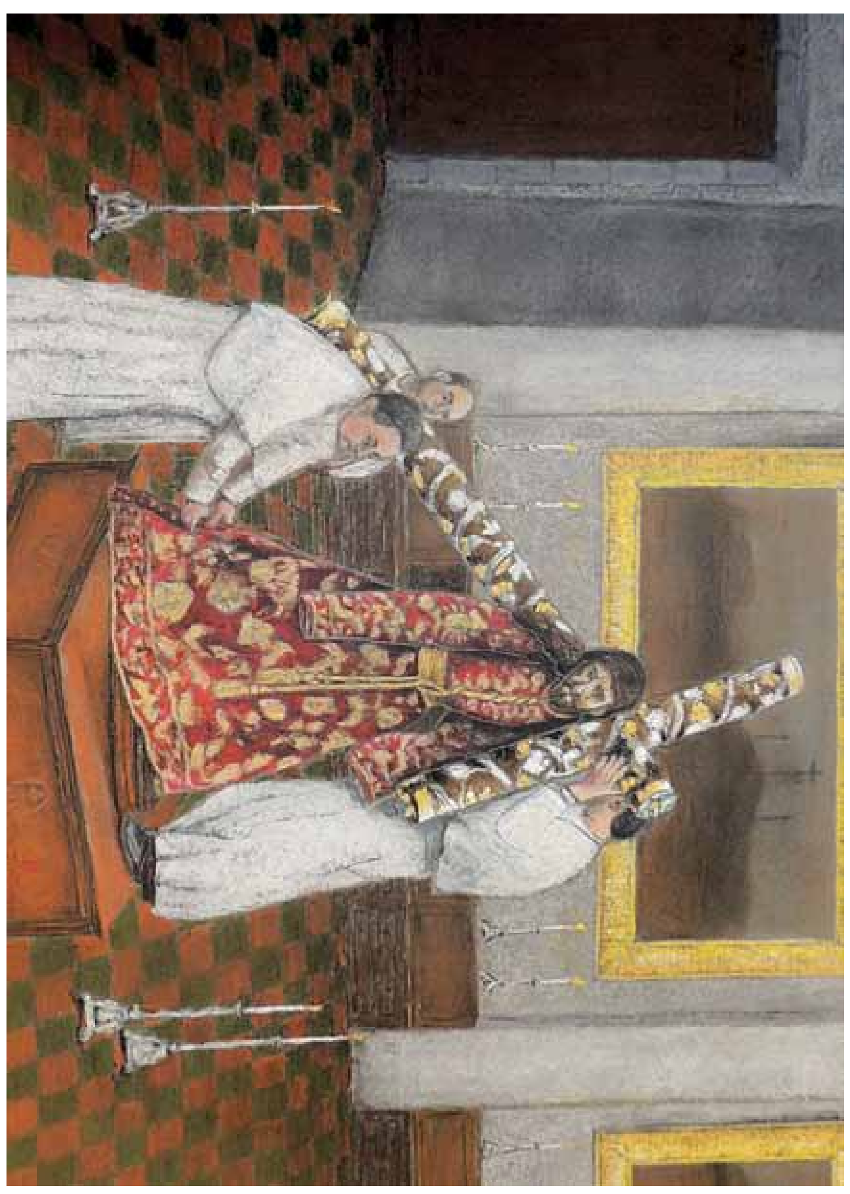
Juan de Dios y doña Engracia se acercaron a ver aquellos preparativos, junto a algunos vecinos comentaban y se preguntaban sobre todo aquello que veían.

¡Madre, me quedaré colaborando un poco con mis amigos! dijo el hijo a doña Engracia, quien con alegría dio su beneplácito.

Muchos de los que estaban trabajando lo hacían por un salario, pero otros tantos estaban allí motivados por la cofradía y sus mayordomos. El sueño de Juan de Dios era ver aunque sea por unos momentos a la imagen de Jesús Nazareno en aquella ocasión especial. A eso de las siete treinta de la noche su esfuerzo tuvo recompensa ¡le invitaron a entrar a ayudar en subir ángeles a los estrados!

Minutos después de la ocho de la noche se oyeron unas campanillas, todo mundo enmudeció dentro del templo, una procesión de velas apareció por la puerta de la sacristía y un exquisito incensario de plata precedía el paso de la imagen milagrosa de Jesús Nazareno. Ya sobre un trono y cubierto por el magnífico palio procesional, le fue colocada la cruz con cantoneras y parra de plata. ¡Verdaderamente era magnífico! Nunca Juan de Dios y los asistentes lo habían visto con tanta gloria, se arrodillaron todos y rezaron a una sola voz. Cuatro cirios se encendieron y se montó una guardia que esperaría en ese mismo lugar hasta el amanecer.

A las diez de la noche todo había quedado dispuesto para que al siguiente día la Ciudad de Santiago viviera la más inolvidable de todas sus festividades desde aquel lejano 25 de julio de 1524 en que había sido fundada.



Con la presencia de todos los frailes y los cofrades se colocó a Jesús Nazareno en la sacristía y se procedió a preparar el espacio para revestirlo con la hermosa túnica de terciopelo de seda color burdeos recamada en oro.

VI

¡No cabe un alma!

Eran las siete de la mañana de aquel jueves cinco de agosto; extrañamente esos días de principios de mes no había llovido fuerte en Santiago de Guatemala, sin embargo el clima fresco y húmedo presagiaba que en cualquier momento caería un aguacero.

¡Nos vamos madre! Dijo Juan de Dios a doña Engracia, que aun en su sencillez se puso un manto azul y los zarcillos de perlas engarzadas en oro que su madre le había dejado en herencia. Juntos caminaron por las calles de San Antón encontrando en el camino a muchos vecinos que al igual que ellos querían llegar a la Merced en aquel día singular. Al llegar a la Cruz de Piedra se les unieron muchas personas más que viniendo de Jocotenango y Pastores caminaban rumbo al gran atrio mercedario.

De todos los rincones de la ciudad los pasos llevaban un solo destino, los provinciales, lectores, teólogos y predicadores con sus mejores galas salían de sus conventos y se disponían a llegar a La Merced. Aquel palacio de madera donde habitaba el capitán general también mostraba movimiento hacia aquella hora. Don Francisco Rodríguez de Rivas, Maestre de Campo de los Reales Ejércitos, antiguo Corregidor de Riobamba en el Reino de Quito era ayudado a colocarse la capa púrpura con la que asistía a las grandes celebraciones catedralicias y se aprestaba a subir a su carruaje.

A eso de las ocho solo se oía un susurro de todas las gentes ¡No cabe un alma! El atrio y el interior del templo estaban abarrotados. Ingresó el Capitán General acompañado por los oidores de cámara y el tesorero real; el rector de la Real y Pontificia Universidad de San Carlos don José Sunzín, los alcaldes del Muy Noble Ayuntamiento

Don José Bernardo Mencos y don Juan González Batres, acompañados de todo el cabildo.

Cuando el reloj de la torre del convento de Santo Domingo dio las nueve campanadas descendió de su carruaje el Ilustrísimo Fray Juan Bautista Álvarez de Toledo acompañado luego por el Deán de la Santa Iglesia Catedral, el Doctor Don Joseph Varón, el Maestrescuela Doctor Don Juan Feliciano de Arrivillaga, el señor Tesorero del Cabildo Don Joseph de Alcántara, así como el canónigo Maestro Don Carlos de Mencos. Ingresaron por la portería del convento, donde le esperaba don Juan Colomo para conducirlos hasta la sacristía del templo para revestirse y realizar la procesión de entrada.

En verdad estoy admirado, dijo Su Ilustrísima. Habéis preparado todo con gran esmero y pulimiento, me congratulo con Vos, don Juan.

Su Ilustrísima me honra con sus palabras, respondió adusto don Juan Colomo. Espero que la iglesia y el altar también lo sorprendan.

No lo dudo, se ve que habéis invertido una buena cantidad de pesos y de tiempo en la preparación y cuidado de todos los detalles.

Un hermano lego le acercó un acuamanil para mojar sus dedos y con caminar solemne se dirigió hacia la sacristía donde con gran cuidado tomó la casulla de seda rosa con profusos bordados en hilos de oro y plata; le colocaron sobre los hombros la magnífica capa pluvial y así, revestido de pontifical se preparó a presidir aquel acto. Todo su cabildo se revistió con casullas y dalmáticas pertenecientes al mismo conjunto lo que impresionaba por la hermosura de sus diseños y riqueza de los bordados.

En la salida de la sacristía se unieron los padrinos de la consagración

a quienes con cierta reserva saludó el prelado.

Buenos días Su Ilustrísima, dijo Fray Joseph Girón, provincial de los dominicos.

Buenos días Fray Joseph, respondió el Señor Obispo, indicando con la mano que iniciara la procesión de la Consagración.

Aquel momento parecía estancado en el tiempo, la capilla de la Catedral se había trasladado al interior del templo mercedario entonando las más reconocidas obras de aquellos días, el pueblo que logró entrar extasiado veía como avanzaban aquellas figuras, casi etéreas, que se encaminaban a donde como el sol, Jesús Nazareno refulgía entre velas, flores y los aparadores de plata y cristal.

Al llegar al altar bendijo el Señor Obispo primero el incienso y unos panes, y comenzó la consagración, que hizo primero en la Santísima Cruz que tenía el Señor Nazareno, la que ungió en cinco partes: en los cuatro extremos y en el centro. El provincial dominico sostenía el santo crisma, y el prior del convento Fray Vicente Guerra, los algodones; el pan, fuentes y otras cosas precisas las tenían los reverendos padres presentadores maestros Fray Agustín Cano, Fray Antonio Arriaga, Fray Damián Regil, todos del sagrado orden de Predicadores.

Después de ungida la Santísima Cruz, se ungió la imagen en la frente, en el pecho, en las manos y pies; y acabado esto se entonó el Te Deum Laudamus y dispararon salva tres compañías que se habían estacionado para el efecto en el contorno de la iglesia.

En ese momento, los encargados de la pólvora, prendieron un castillo de cuatrocientos tiros de bombas. Las campanas de La Merced empezaron a repicar y le siguieron de inmediato las de la Catedral,

sumándose casi por arte de magia las de las restantes treinta iglesias de la ciudad y hasta donde se alcanzaban a escuchar formando un homenaje ensordecedor de bronces que saludaban al Nazareno consagrado: Santa Inés, Santa Ana, Santa Isabel, San Gaspar Vivar, San Pedro las Huertas, San Juan del Obispo, Ciudad Vieja, Santiago Zamora, San Andrés Ceballos, San Bartolomé Becerra, Jocotenango, Pastores y hasta El Tejar, las campanas echadas al vuelo inundaban con sus tañidos los corazones de los habitantes del Corregimiento del Valle.

Nadie en el templo y en el atrio quedó sin enjugar sus lágrimas, por emoción, por impresión o la más genuina fe, la multitud se arrodilló y no dejaba de ensalzar al Nazareno.

Secando las lágrimas de su madre, Juan de Dios la abrazó y enjugando también las de él solo alcanzó a decirle: ¡Nuestros ojos han visto la gloria para el Nazareno de nuestros ancestros!

Don Juan Colomo, arrodillado junto a los mayordomos de la Cofradía no podía contener su emoción; aún don Francisco Rodríguez de Rivas sintió una profunda impresión, permaneciendo de rodillas por largo rato.

Todas las órdenes permanecían de rodillas también, pero especialmente Fray Agustín y Fray Luís de la Concepción, quienes habían representado a los Belemitas en aquella ocasión. Sentían que su fundador, tan cercano al Nazareno había estado presente en esa mañana tan dichosa e inolvidable: la mañana del cinco de agosto.



Después de ungida la Santísima Cruz, Su Ilustrísima revestido de pontifical, ungió la imagen en la frente, en el pecho, en las manos y pies; y acabado esto se entonó el Te Deum Laudamus.

VII

"Acuérdate Hermano"

¡Una semana completo de festejos! ¡Qué alegría se vive en la Merced madre! dijo Juan de Dios a doña Engracia, que al día siguiente, festividad de la Transfiguración, acompañó a su hijo a observar la llegada de Santo Domingo de Guzmán con toda su orden. Los padres mercedarios salieron a recibirlos a la esquina del convento carmelita, con ellos iba la cofradía y San Pedro Nolasco. Ambos patriarcas fundadores, engalanados con lo mejor de su orfebrería y atuendos recamados en oro se saludaron simbólicamente y juntos avanzaron hasta el altar mayor del templo donde el Nazareno opacaba los brillos de la plata y las velas.

Juan de Dios y Doña Engracia no entraron a escuchar el sermón que se pronunciaría por Fray Antonio de Loyola y del cual se había corrido el rumor que sería una apoteosis al Nazareno; la iglesia no daba espacio para un alfiler. Efectivamente, la oratoria de Fray Antonio fue proverbial y su fama se extendió por todo el reino.

A lo que si asistieron muy contentos junto a sus vecinos del barrio fue a las mascaradas, desfiles de carrozas, quemas de pólvora, representaciones teatrales y convites que se organizaron durante esos días.

Tampoco faltaron a los solemnes rezos amenizados por la capilla catedralicia y la oportunidad de ver durante tantos días a Jesús, que colocado en el altar irradiaba majestad.

Pero cansada y afectada por las lluvias de las tardes, doña Engracia se resintió y no pudo ir a los dos últimos días de actividades; una fiebre muy alta la aquejaba y la preocupación del hijo crecía a cada

instante. Juan de Dios se quedó con ella hasta entrada la tarde del último día de las actividades organizadas por la Consagración; cuando la vio dormir salió presuroso a La Merced, donde oró intensamente ante la imagen de sus amores.

La penumbra empezaba a caer sobre la ciudad y la lluvia se hizo presente al concluir los últimos rezos solemnes y las muestras de algarabía de la ciudad, que nuevamente saludaba al Nazareno con el repique de todas las campanas de las torres y espadañas que decoradas con el encaje de las yeserías eran el complemento perfecto de los cielos azules de la Ciudad de Santiago de Guatemala. Más rápido que de costumbre el pueblo se retiró a sus hogares, dejando desolado el atrio y calles aledañas al templo.

Sin sentirlo Juan de Dios caminó un poco bajo la llovizna percatándose que se había alejado mucho cuando escuchó las ocho campanadas del reloj dominico muy cercanas a él y que anunciaban el reposo de todos en el valle.

¡Mi madre! Dijo preocupado y emprendió el retorno a prisa. Pero al llegar a la Alameda de Santa Rosa percibió algo extraño en la lejanía, a la altura de la plaza mercedaria. Una débil luz parecía buscar una entrada al templo. ¿Qué podrá ser? Se preguntó. Ya todos los festejos concluyeron, se respondió así mismo.

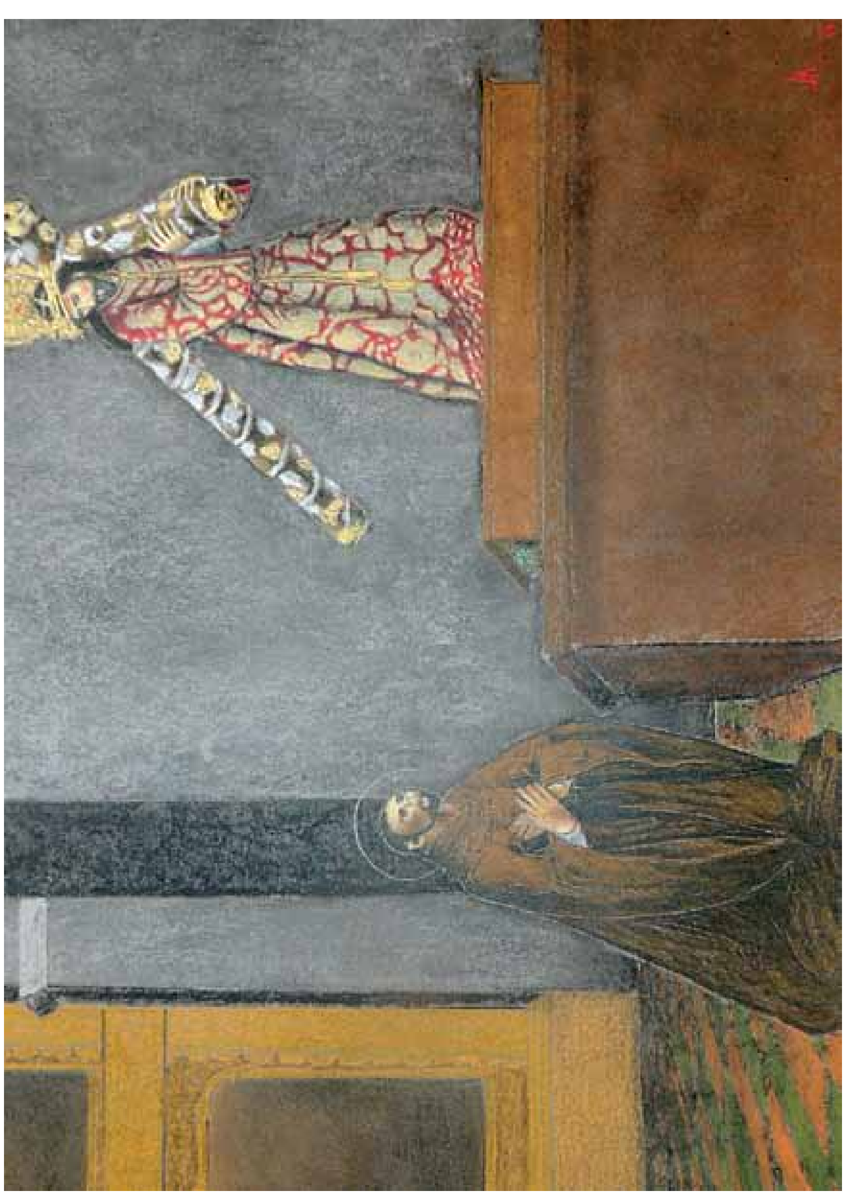
Caminó las dos cuadras que lo separaban y entre asustado y extrañado se percató que un hombre con una vela en mano y una campanilla se dirigía a la puerta de San Juan de Letrán, que daba a la nave de la epístola del templo y a la capilla del Nazareno. No avanzó más, su corazón latía demasiado a prisa, aun con miedo hizo un esfuerzo y alcanzó escuchar unas frases “Acuérdate hermano que un alma tienes, Si la pierdes ¿Qué harás?” En ese momento recordó la historia que había escuchado de su madre, la del fundador del

hospital de Belén que había fallecido en 1667 en olor a santidad y que amaba entrañablemente al Nazareno. Sus ojos no podían creer lo que veía pero con fe pidió por la salud de su madre.

Un viento fresco sopló en la plaza y la llovizna se disipó permitiéndole llegar rápidamente hasta su casa en el barrio de San Antón.

¡Me tenías preocupado hijo! Dijo doña Engracia, que con la salud recuperada esperaba a Juan de Dios con un chocolate caliente. El emocionado la abrazó y le contó lo que había visto. Ella con los ojos de la fe, lo abrazó y le dijo que había sido un premio por sus servicios al Nazareno.

Desde aquella oportunidad, ambos visitaban la Merced y el Hospital de Belén para ayudar y colaborar en lo que estuviera a su alcance.



En ese momento recordó la historia que había escuchado de su madre, la del fundador del hospital de Belén que había fallecido en 1667 en olor a santidad y que amaba entrañablemente al Nazareno.

VIII

Tres Semanas Después

La vida apenas regresaba a la normalidad en la Ciudad de Santiago de Guatemala. Agosto estaba por despedirse con el inolvidable recuerdo de la Consagración de Jesús de la Merced. Aquella ciudad que se divertía, vivía en rencillas y enfrentamientos cobijados bajo las apariencias y las buenas maneras tuvo una tregua que quedaba guardada en la memoria de todos sus habitantes.

Parecía que en el palacio episcopal se hubiesen calmado las investigaciones; las órdenes religiosas, especialmente la dominica tuvo un respiro. Los funcionarios de la corona se destensaron de sus intrigas contra el cabildo y los artesanos y mestizos se sentían más tranquilos.

En el Hospital de Belén, Fray Agustín y Fray Luis no se daban abasto, pero ahora para acomodar las provisiones que los nobles de la ciudad enviaron con ocasión de la consagración de Jesús.

Don Juan Colomo y sus más cercanos colaboradores se sintieron orgullosos y piadosamente felices de haber logrado aquel suntuoso y significativo acto que nunca antes había sido realizado en Guatemala. Las cuentas… como lo había dicho don Juan, corrieron casi en su totalidad por su bolsillo.

Aquella tarde del 27 de agosto la ciudad recobraba su monástica apariencia alrededor de las cinco de la tarde para que todos pudieran acudir al templo o rezar el Angelus en sus hogares. Ni bien hubo terminado el reloj de dar las 6, una corona de fuego se vio alzarse sobre aquella montaña agreste y furiosa que tanto asustaba a los habitantes de Santiago. No parecía nada extraño y ya acostumbrados

a aquel espectáculo las velas de los hogares se fueron apagando para descansar.

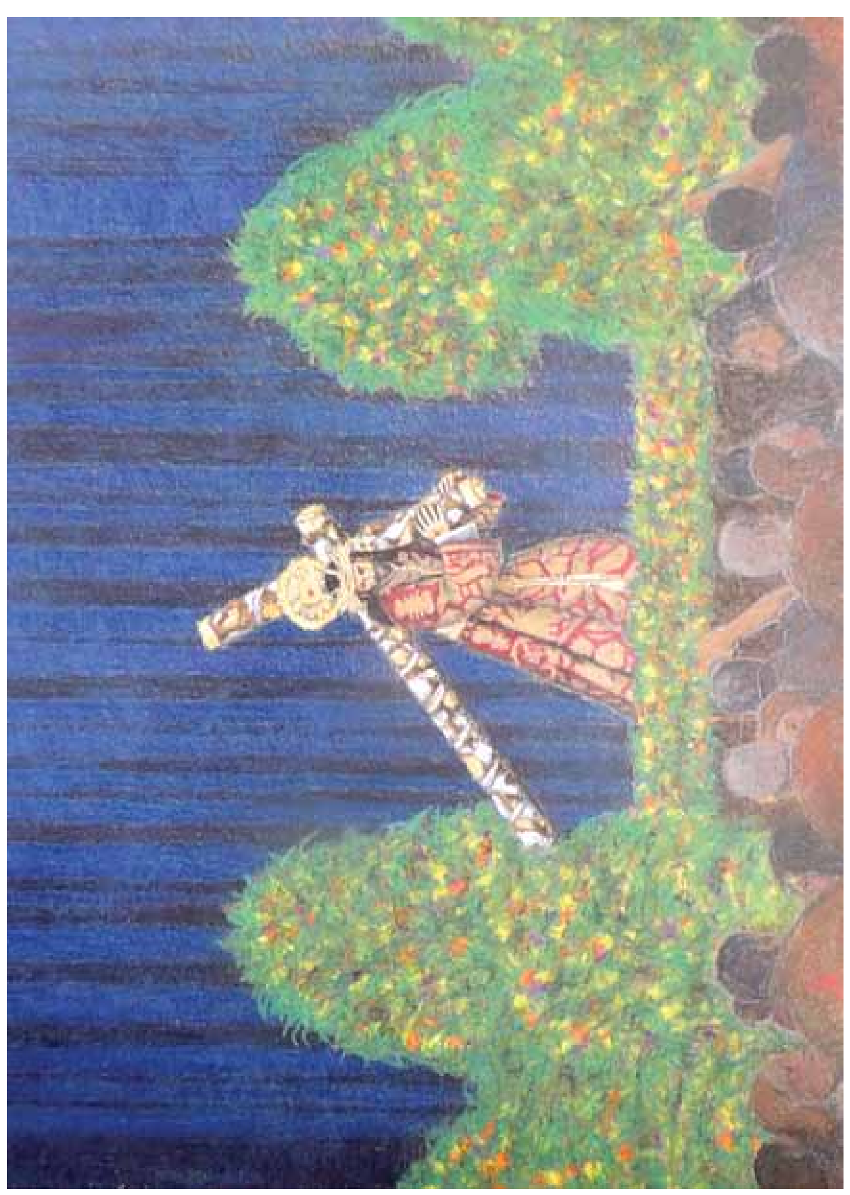
Al filo de las 11 de la noche, cuando ya solo los perros estaban en vigía, un retumbo del interior de la tierra se dejó escuchar y las aldabas, puertas y ventanas de las casas hicieron estremecer el espíritu de los habitantes de aquella feliz ciudad. Asidos a sus imágenes de veneración, con el rosario en la mano y recitando el acto de contrición, todos fueron saliendo de las casas y buscando refugio en los templos y atrios, a la media noche la apacible ciudad se había puesto de pie presa de pánico y congoja. El señor Obispo y su cabildo se levantaron también y pasaron a la catedral, donde con ayuda del sacristán y varios miembros del seminario sacaron al Santísimo Sacramento, los santos de mayor veneración y las reliquias al atrio de la Catedral para realizar los exorcismos correspondientes. Al amanecer todo era desconcierto, el volcán dio tregua unas horas, pero llegadas las 6 de la tarde, la columna de fuego nuevamente hizo temer lo peor. Era el día de San Agustín y los rezos y clamores subían de intensidad. Doña Engracia y Juan de Dios acudieron al atrio mercedario, donde con gran determinación, don Juan Colomo y sus compañeros cofrades solicitaron al provincial la salida del Nazareno. Ni bien los reverendos padres dieron su beneplácito y Jesús fue descendido de su camarín, una multitud de personas de los lugares aledaños inundaron el recinto sin importarles el continuo trepidar de la tierra. Todos rezaban con fervor y se acogían a su amado Jesús, quien a eso de las 7 de la noche apareció en la puerta del templo, llenándose todos de consuelo en el atrio y las calles por donde iba caminando la procesión hacia el centro religioso de la ciudad.

Con mucho temor, pero realizando las oraciones que sabían desde mucho tiempo atrás, los vecinos acompañaron al Jesús de la Merced hasta la Plaza de Armas, donde lo esperaba Fray Juan Bautista

revestido de pontifical. ¡Todo el pueblo quería acogerse a su sombra! De pronto a la vista de todos se extinguieron las llamas y lentamente retornaron al Señor a la Merced a eso de las diez de la noche, dando gracias a Dios por este milagro.

Novenas y penitencias se sucedían en todos los templos de la ciudad, especialmente en La Merced a donde el pueblo acudió para clamar por protección y misericordia a la imagen consagrada del Mero Jesús.

De rodillas, doña Engracia pedía al Señor la protección para su hijo y para su ciudad, sin sospechar siquiera que justo un mes después el volcán y los sismos arreciarían, destruyendo muchas vidas y obras materiales, pero incrementando la devoción y particular afecto que los habitantes de la ciudad dispensarían desde entonces a Jesús de la Merced, especialmente en aquel tiempo de tribulación y en los venideros Años Aciagos….



Sin importar el peligro, al no más bajar a Jesús de su camarín, una multitud de personas de los lugares aledaños inundaron el recinto rezando con fervor y acogiéndose a su amado Jesús.

II Parte

América, continente de simbiosis, de mutaciones, de vibraciones, de mestizajes, fue barroca desde siempre… y todo mestizaje engendra un barroquismo, que nace de la criolledad, no importa si se es nacido de europeo, de africano o de originario del continente, consciente de ser una cosa nueva, un espíritu criollo y un espíritu barroco, entroncando directamente con lo "Real Maravilloso".

Alejo Carpentier sobre el barroquismo americano, no como un movimiento exclusivo del siglo XVII y XVIII, sino como una realidad que sumerge sus raíces en la vida de los pueblos originarios y llega hasta nuestros días generando lo "real maravilloso".

El Barroco, espejo de Guatemala

Llegado este punto, se presenta al devoto y al lector una breve reflexión sobre el acontecimiento de la consagración de Jesús Nazareno partiendo de una aproximación a la cultura barroca que generó el suceso, los testimonios, la conmemoración y el resguardo de la tradición que hoy, después de tres siglos, el pueblo católico de la Ciudad de Guatemala esta pronto a celebrar.

El cinco de agosto de 1717 se ha cobijado en la memoria de la colectividad de los cucuruchos y devotos de Jesús Nazareno -guiados primero por la Orden Mercedaria y luego por la Compañía de Jesús desde 1853 en dos periodos diferentes-; como un día de capital importancia en la historia de la devoción y la tradición guatemalteca. Por primera vez en la vida religiosa de la ciudad se consagraba una escultura de Jesús Nazareno, una obra escultórica surgida de las manos de un hijo de la Ciudad de Santiago que a su vez inaugura el movimiento artístico del barroco en escultura; imagen titular de una cofradía de gran relevancia para la capital y de todo el reino, y también por primera vez un nacido en este lugar ocupaba la silla episcopal para realizar un acto de ese nivel.

Los relatos del acto aparecen dispersos por lo menos en tres obras: la Recordación Florida (extrañamente insertado en la edición si se considera que el autor murió en 1699); el testimonio del mayordomo de la cofradía Juan Antonio Colomo (el más confiable); y el Compendio de la Historia de la Ciudad de Guatemala de Domingo Juárros, escrita casi un siglo después de la consagración. Hasta el momento no se ha localizado en el Archivo Arquidiocesano documento alguno que contenga el protocolo eclesiástico que debió existir en la Catedral de Santiago dada la importancia del evento y la minuciosidad con que se registraron a través de los siglos las actuaciones de los obispos y arzobispos.

La lejanía en el tiempo, tres largos siglos, han motivado a las generaciones de católicos que conocen a Jesús de la Merced a llenar con el mismo espíritu barroco del acto celebrado, las páginas de su fantasía y su piedad.

El barroquismo que inunda Guatemala, que rebalsa América y que proviene de la Contrarreforma italiana y española fundamentalmente, no es un producto meramente artístico de los siglos XVII y XVIII: es una manera de pensar, de vivir, de actuar, de crear, de imaginar, de sentir.

No debe extrañar entonces como el acontecimiento de la consagración del Nazareno está lleno de la magia, el misterio y la penumbra, justamente como las que prevalecen en las pinturas de la época que envuelven al observador y lo invitan a sumergirse en ese mundo de contrastes y saturación de detalles; como las maravillosas obras que adornan las naves mercedarias, santuario, relicario y sede del hermoso Nazareno.

El arte barroco, dice Barbara Borngässer y Rolf Toman, se dirige siempre a los sentidos del espectador; su alma teatral, su ilusionismo y el dinamismo de sus formas pretenden impresionar, convencer, provocar un movimiento interior, explicando porque a veces se perciba como algo exaltado, efectista y hasta ampuloso, justamente como lo que podemos imaginar al leer los relatos de la consagración de nuestro amado Nazareno, pero más aún, al ver los rastros materiales de aquel siglo lleno de detalles, magnificencia y desbordante lujo tributado a los pies del Mero Jesús, como puede percibirse al contemplar la magna cruz procesional o las excepcionales túnicas brocadas procedentes de aquel lejano siglo XVIII.

Lo barroco y su ideación, no son exclusivos de la actual Guatemala ni de la América Hispana y Lusitana, como es lógico deducir. Sin



Quizás nunca antes desde las fiestas de la Consagración de 1717, la Orden de Predicadores y Santo Domingo de Guzmán habían visitado a Jesús de la Merced, ni los santos patronos: Santa Teresa de Ávila, San Felipe Neri y San Juan de Dios, como en aquella fecha imborrable de las vísperas de la Consagración de la Santísima Virgen de Dolores Mercedaria en el 2015. Fotografías: William Enrique Cameros

embargo, en él está presente la exuberancia del mundo Maya, andino y del antiguo México. Es ese “Realismo Mágico”, lo “Real Maravilloso” que va de Quiriguá a Cholula, de la Compañía de Jesús de Quito a Ouro Preto; del modernismo de Rubén Darío, a las cumbres de la literatura de Asturias, Borges, Allende, Cortázar, Mistral, Carpentier, Paz, Márquez o Pasos, por citar solo algunos del siglo XX y XXI. No importa cuán cerca o lejos se esté del periodo temporal concreto del movimiento artístico; en este continente siempre se ha sido eso: BARROCO.

Aunque no es patrimonio único de este país, el barroco es la evidencia concreta de la sociedad multiétnica surgida en Guatemala durante los siglos XVII y XVIII, como ya advirtiera Mario Monteforte Toledo en su texto *Las formas y los días, el barroco en Guatemala*, siendo la clave insustituible para comprender el nacimiento de la sociedad contemporánea y de una conciencia de identidad nacional, es decir, el barroco es la primera obra de síntesis de un hacer colectivo.

En ese sentido, todos los inmersos en ese mundo pueden y deben crear, hilvanando puntadas que se transformaron en túnicas de maravillosos diseños; altares monumentales y andas de ensueño que se guardaron para siempre en la mente y memoria de generaciones; música vibrante que acompasa el dolor y el sentimiento; manos que utilizando materiales humildes forman tapices que enamoran y trascienden lo efímero cada Martes o Viernes Santos; plumas que ordenando frases compusieron poemas o leyendas para el Nazareno. ¿Por qué el guatemalteco y el devoto de Jesús de la Merced sigue creando y recreando? porque al hacerlo guardan en su memoria y corazón los eventos que aunque lejanos dan vida y sueños a la modernidad y la contemporaneidad, a explicarse el hoy desde su fe y su mundo interior anclados en el ayer.

Para la teoría de la historia del arte y la cultura, citando a Eugenio

d´Ors, el barroco es una constante humana y no solo un estilo histórico, explicando con ello el porqué de la permanencia de los ideales, los ritos y las formas adoptadas desde tiempos pretéritos, como los descritos en este texto.

La consagración de Jesús de la Merced cumple con los marcos referenciales del mundo barroco. Su "exoticidad" matizada por los picheles y aparadores de plata que decoraban el altar mayor; los fuegos de artificio; los repiques de todos los templos; las mascaradas, los desfiles y carrozas de temática pagana; las capas rosadas y pontificales del consagrante y su séquito; el discurso del mercedario De Loyola; la procesión de los patrones de las órdenes; la presencia del capitán general, del ayuntamiento y del pueblo; las salvas de artillería… Todo parece una avalancha sobre aquella diminuta ciudad que absorta creó en su ideario el marco que hasta el día de hoy, quienes tienen la dicha de vivirlo tres siglos después, han hecho de ello una página indeleble de la historia de la cultura guatemalteca.

Las características del evento en cuestión no son un hecho aislado o exclusivo de Santiago de Guatemala; la Ciudad de México, la Ciudad de los Reyes de Lima, la ciudad Imperial de Cusco, Quito o Charcas vivieron en torno a sus ideales religiosos católicos fiestas barrocas que marcaron su forma de vivir, construidas con su particular forma de ser y sentir. El barroco por lo tanto no es una experiencia globalizadora al estilo de las corrientes de pensamiento actuales, sino por el contrario, en la unidad de la expresión general encuentra la forma de crear y modificarse según los lugares a los que va llegando, tomando de referencia a Pedro Aullón de Haro en su texto *La ideación barroca*.

Por eso, la Consagración de Jesús de la Merced es un hecho diferenciador, en el que la Ciudad de Guatemala, la Nueva, heredó de su anciana madre la forma de conservar su espíritu y su esencia en el recuerdo de la consagración del Mero Jesús, haciendo que esta



El espíritu barroco late a los pies de Jesús Nazareno y su Madre Dolorosa con la actualización de las joyas altareras de antaño. Miércoles de Ceniza 10 de febrero de 2016. Fotografía: Giovani Minera.

ocasión, el tricentenario, siga latiendo en los corazones de los devotos, con el mismo regocijo que narran las fuentes de la consagración.

Juras reales, canonizaciones, llegadas de capitanes generales, fallecimientos de reyes y reinas, rogativas; todo se celebraba y realizaba con barroca puntualidad en la Capitanía General. Pero nada marcó con tanta decisión el espíritu de sus habitantes de la que después sería la República de Guatemala, como la Semana Santa, sus imágenes, sus devociones y leyendas. Y dentro de todo ello, Jesús de la Merced ocupa ya un lugar doblemente consagrado: por ser primicia y por ser esplendor de todo ello. En él se reunió desde 1655 y se hizo sólido desde 1717, el espíritu barroco criollo y mestizo de la fe de un pueblo que vio y sigue viendo en Él al referente máximo del arte, de la devoción y de la historia.

Por eso, el cuento presentado como parte central de esta edición cuarenta y uno de los libros cuaresmales del Nazareno Mercedario, es un cuento histórico que quiere motivar al devoto y al lector a buscar, leer, recrear y guardar en su corazón y memoria la riqueza de la fantasía de la lejanía del acontecimiento, pero al mismo tiempo conocer la historia y las particularidades de un periodo de la vida misma de la sociedad guatemalteca y que sigue latiendo con solo invocar el nombre de quien es ya icono de la nación misma: ¡Jesús de la Merced! En esta reconstrucción hipotética, los personajes principales siguen siendo en la actualidad los mismos trazados en estas líneas: el Señor Nazareno, las órdenes religiosas, las personas que trabajan por su culto y por supuesto, sus fieles devotos quien con fe sencilla le ruegan y le siguen (en la edición 40 del año 2016 se hizo una exposición respecto a este gran tesoro de “Ofrendas y Milagros”).

Devoción, fe, esperanza y tradición se conjugan en un solo nombre

y en una sola figura, que semejando el movimiento helicoidal de la columna típica del barroco, sube sin cesar al cielo, llevando en ella las oraciones y las manifestaciones de un amor que ha trascendido siglos.

La historia sigue su curso, la actual generación de devotos de Jesús Nazareno sigue escribiendo, a su manera y con sus medios, los capítulos barrocos de su propia devoción; ya en las redes sociales, ya en medios efímeros; en los móviles o en blogs, pero todos con la abigarrada experiencia que el barroco afianzó y legó a la vida del guatemalteco.

El 299 aniversario de la consagración lo demostró cuando después de tres días de imparables filas para venerar como nunca antes se había visto al Señor de esta historia, las lágrimas brotaban, las cámaras no cesaban de capturar el momento, las oraciones subían al cielo en forma de manos extendidas y todo aquel que llegó al bicentenario templo quedaba absortó ante la belleza y singularidad de la estampa barroca presenciada.

Justamente en un trono que bien puede ilustrar las páginas de la narración que se ha querido dejar para esta ocasión a todos los lectores: la profusión floral de los campos de Guatemala colocadas primorosamente en los jarrones de plata, las insignias argentíferas de la histórica cofradía penitencial; los varales también del noble metal sosteniendo el exquisito palio con fleco y borlas de oro dieron cobijo a una imagen imborrable del ideal del Nazareno. Con tres de sus cuatro túnicas del siglo XVIII y la cruz insignia del periodo artístico, Jesús reflejó mejor que nunca esa permanencia de la esencia barroca del ser guatemalteco y del privilegio enorme de formar parte de su historia, y sobre todo, la enorme cercanía con su pueblo, el mismo que después de tres siglos le ama con singular afecto y devoción y que sin duda se prepara ya para celebrar este especial CINCO DE AGOSTO DE 2017.



La espiritualidad barroca se impregnó de tal forma en las expresiones del pueblo guatemalteco, que aún en pleno siglo XIX y XX se siguieron recreando los monumentales altares con nuevas técnicas y recursos materiales. Tercer Viernes de Cuaresma de 2016. Fotografía: Giovani Minera.

Apéndice histórico

Quizás el lector se preguntará ¿Qué es verdad y que es ficción en este libro? Para cerrar esta especial publicación, se ha preparado este brevísimo compendio histórico para que conociendo la procedencia de los datos, la misma creatividad barroca del devoto y del admirador de Jesús de la Merced pueda completar y crear su propia versión de aquel lejano cinco de agosto, que por su misma lejanía en el tiempo motiva la fantasía, la leyenda, la evocación romántica y mística de la mentalidad propia del que sintiéndose cercano al Nazareno y al contemplar la majestad de su pasado puede formar ideas propias de aquel acontecimiento que se anidó para siempre en la memoria colectiva.

El número de habitantes de la Ciudad de Santiago de Guatemala rondaba los veintiséis mil quinientos habitantes según las investigaciones de Christopher Lutz basado en un profundo análisis demográfico extraído de los registros matrimoniales y tasas de matrimonios estimadas por millar de habitantes, tanto de españoles como de “gente ordinaria”, localizados en las cuatro parroquias históricas de la ciudad y expuestos en su trabajo Historia sociodemográfica de Santiago de Guatemala 1541-1773.

Los datos concernientes a la Orden de la Merced se encuentran contenidos en los libros Historia y vida del convento e iglesia de la Merced en La Antigua Guatemala, y Capítulos provinciales de la orden de la Merced en el Reino de Guatemala (1650-1754) de Fray José Zaporta Pallarés. En el primero, el reverendo padre Zaporta hace una reseña de las características del templo hacia 1773 y de algunas anteriores al terremoto de 1717, de donde se han tomado datos interesantes, como el nombre de la actual puerta del Bautismo del Señor que fue llamada de San Juan de Letrán. De igual forma,

en el segundo libro mencionado se da cuenta de todos los capítulos de la orden mercedaria desde 1650 hasta 1754 con los nombres y cargos de todos los que ocuparon los puestos de elección dentro de la orden. Un capítulo es una reunión general de toda la provincia religiosa en el cual se elegían a los superiores, maestros, lectores, formadores, vicarios, etc. La Provincia Mercedaria del Reino de Guatemala se llamó "De la Presentación de Nuestra Señora".

La información de ingresos, gastos y algunos detalles del manejo de la cofradía de Jesús Nazareno se encuentran consignados en el archivo mercedario, en los libros de cofradía, a los cuales se tuvo acceso gracias a la gentileza de su director Fray José Zaporta Pallarés.

Datos como el nombre completo, de la esposa y cargos ocupados por don Juan Colomo, mayordomo principal de la cofradía de Jesús Nazareno de la Merced se encuentran documentados ampliamente por el historiador Gerardo Ramírez Samayoa en su tesis de grado titulada Vida social, económica y religiosa de la cofradía de Jesús Nazareno del templo de Nuestra Señora de la Merced, en Santiago y en la Nueva Guatemala, 1582 a 1821, en el cual se analizan varios documentos de archivo; algunos aparecen consignados como fotocopias proporcionadas por terceros sin que se conozca el paradero de los originales.

Detalles como el mobiliario, menaje de casa y características domiciliares contenidas en el capítulo II se tomaron de las visitas a Casa Popenoe, actualmente propiedad de la Universidad Francisco Marroquín, así como de las piezas observadas en la colección del museo Popol Vuh de dicha universidad. También ha sido de utilidad el análisis de las piezas exhibidas por el Museo Franz Mayer de la Ciudad de México, entre otros.



Guiados primero por los padres mercedarios, y desde 1853 en dos periodos diferentes por los padres jesuitas, los devotos de Jesús Nazareno resguardan en lo más hondo de su espiritualidad la fecha imborrable de su consagración. Fotografía: Giovani Minera.

La recia personalidad del Obispo Fray Juan Bautista Álvarez de Toledo se encuentra severamente matizada por la opinión de Fray Francisco Ximénez OP, contenida en su voluminosa obra Historia de la Provincia de San Vicente de Chiapa y Guatemala de la Orden de Predicadores. De igual forma Agustín Estrada Monroy, sumamente sesgado e influenciado por el dominico, presenta una dura descripción del prelado en su Datos para la Historia de la Iglesia en Guatemala. De esta obra se tomaron los datos biográficos del mismo. Sin embargo, se tuvo la oportunidad de consultar sus visitas pastorales resguardadas en el Archivo Arquidiocesano Francisco de Paula García Peláez, revisando su proceder en el examen de cada parroquia visitada y publicadas en el Tomo III de la Memoria Eclesial Guatemalteca, coordinada por Mario Humberto Ruz.

El palacio episcopal de Santiago de Guatemala fue concluido en octubre de 1711 por Fray Mauro de Larrateagui y Colón, antecesor de Fray Juan Bautista Álvarez de Toledo, sus ruinas y pintura mural aún pueden ser apreciadas contiguo a la Catedral, datos aportados por Agustín Estrada Monroy en el trabajo ya citado.

Sobre el Hospital de Belén y su origen puede consultarse el texto contenido en el Tomo II de la Historia General de Guatemala escrito por Ernesto Chinchilla Aguilar, donde se detalla la evolución de la orden hospitalaria. Muchas cuestiones personales de la vida del Hermano Pedro, como su devoción a la pasión de Cristo y la autorización que tenía para ingresar al templo mercedario por las noches de cuaresma fueron escritas por su confesor, el jesuita Manuel Lobo en pleno siglo XVII, y contenidas en el libro El Hermano Pedro, un santo para hoy, prologado por el Reverendo Padre Ricardo Bendaña, del sagrado orden de San Ignacio de Loyola y publicado con ocasión de la canonización del primer santo guatemalteco.

Los detalles de la consagración están descritos en tres fuentes: la primera insertada posterior a la muerte de Don Antonio de Fuentes y Guzmán en la Recordación Florida, la segunda, la relación de la consagración por parte de don Juan Colomo, contenida en el trabajo ya mencionado de Gerardo Ramírez Ortíz y la tercera en el Compendio de la Historia de la Ciudad de Guatemala de Domingo Juárros. El relato más prolijo y detallado es el de Juan Colomo, mencionando todos los aspectos citados en el cuento. Aunque hay algunas contradicciones entre los tres, los elementos comunes forman una bien hilvanada historia que acá se ha presentado a manera de cuento.

Sobre el discurso de consagración, el historiador Miguel Álvarez Arévalo publicó en el libro Jesús de la Merced de Panchoy a la Ermita 1655-1778 el texto de la magnífica pieza de oratoria de Fray Antonio de Loyola, proclamado el 6 de agosto de 1717 en el interior del templo y quien para ese momento era el regente de los estudios del convento de Guatemala, muestra de su alto grado de preparación académica.

El relato de los días previos a la tragedia del terremoto de San Miguel, corresponde a Tomás de Arana, quien lo escribió dando un detallado informe de las rogativas, rezos, misas, exorcismos y procesiones que se realizaron, contenido en el texto titulado Terremotos (1717-1773); en él se narra cómo la actividad volcánica inició el 27 de agosto a las 18 horas. Fray Francisco Ximénez en su crónica ya mencionada, también deja testimonio de estos sucesos, especialmente de las rogativas que se organizaron en la Ciudad de Santiago para pedir el cese de los temblores entre el 27 de agosto y el 29 de septiembre de 1717.

Novelas como Los Nazarenos y El Visitador de José Milla y Vidaurre, así como Los Hijos del Incienso y de la Pólvora de



En tronos que evocan el barroquismo de su origen, brocados, atributos y la espiritualidad de un pueblo que hunde sus raíces a través de los siglos Jesús de la Merced marcha entre sus fieles con la firmeza de más de trescientos años. Fotografía: Alfredo Lam.

Francisco Pérez de Antón pueden ayudar al lector a reconstruir en su imaginación los días del siglo XVIII en que se desarrolló la consagración de Jesús de la Merced, que lejos de reflejar la vida de una ciudad monástica y sumida en el silencio, era como lo es hoy, una urbe con una vida ajetreada, compleja, conflictiva y barroca…

Referencias

Álvarez, M. (1997). Jesús de la Merced, de Panchoy a la Ermita, 1655-1778. Ciudad de Guatemala: Centro Editorial Vile.

Arana, T. (1980). Terremotos. Ciudad de Guatemala: Editorial José de Pineda Ibarra.

Aullón, P. (2015). La ideación barroca. Madrid, España: Editorial Casimiro.

Chinchilla, E. (1994). La Orden Hospitalaria de Belém, en Historia General de Guatemala, Tomo II. Ciudad de Guatemala: Asociación de Amigos del País.

Estrada, A. (1973). Datos para la historia de la iglesia en Guatemala. Tomo I. Ciudad de Guatemala: Tipografía Nacional de Guatemala.

Fuentes, A. (2012). Recordación Florida. Ciudad de Guatemala: Tipografía Nacional.

Gruzinski, S. (2003). La guerra de las imágenes. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.

Jickling, D. (1987). La Ciudad de Santiago de Guatemala por sus cronistas y viajeros. La Antigua Guatemala: CIRMA.

Juárros, D. (2000). Compendio de la historia de la Ciudad de Guatemala. Ciudad de Guatemala: Academia de Geografía e Historia.

Mencos, A. (1980). Crónicas de La Antigua Guatemala. Ciudad de Guatemala: Piedra Santa.

Monteforte, T. (1989). Las formas y los días, el barroco en Guatemala. Madrid, España: Turner Libros.

Lobo, M. (2002). El Hermano Pedro, un santo para hoy. Ciudad de Guatemala: Artemis Edinter.

Lutz, C. (1984). Historia sociodemográfica de Santiago de Guatemala, 1541-1773. Ciudad de Guatemala: CIRMA.

Ramírez, G. (2007). Vida social y religosa de la cofradía de Jesús Nazareno del templo de Nuestra Señora de la Merced, en Santiago de Guatemala y en la Nueva Guatemala, 1582 a 1821. Tesis de Grado. Ciudad de Guatemala: Universidad del Valle de Guatemala.

Rubial, A. (2005). Monjas, cortesanos y plebeyos. La vida cotidiana en la época de Sor Juana. Ciudad de México: Editorial Taurus.

Ruz, M. (2002). Memoria Eclesial Guatemalteca. Tomo III. Ciudad de México: UNAM.

Toman, R. (2004). El barroco. Colonia, Alemania: H.F. Ullman.
Ximénez, F. (1999). Historia de la provincia de san Vicente de Chiapa y Guatemala de la Orden de Predicadores. Chiapas, México: Consejo Estatal para la Cultura y las Artes de Chiapas.

Zaporta, P. (1985). Historia y vida del convento e iglesia de la Merced en La Antigua Guatemala. Ciudad de Guatemala: José de Pineda Ibarra.

----- (2014). Capítulos provinciales de la Orden de la Merced en el Reino de Guatemala, 1650-1754. Ciudad de Guatemala: Academia de Geografía e Historia.

Agradecimientos Especiales

El autor agradece especialmente a las siguientes personas por el acceso a diversas fuentes y el conocimiento aportado en esta ocasión.

Fray José Zaporta
Mtro. Alejandro Conde Roche.

Portada y Contraportada
Oscar Gabriel Morán

Ilustraciones del Cuento:
Junior José Archila Garzona.

Fotografías:
Giovani Minera.
Alfredo Lam.
William Enrique Cameros

"Hay un tiempo señalado para todo, y hay un tiempo para cada suceso bajo el cielo,
tiempo de nacer, y tiempo de morir;
tiempo de plantar, y tiempo de arrancar lo plantado;. . ."

Eclesiastés 3:1-2



¡Él es, Jesús de La Merced!

Diseño y Diagramación:
Parroquia Nuestra Señora de La Merced

P. Orlando Aguilar S.J.
Parroquia Nuestra Señora de La Merced
5a. calle 11-73 zona 1
2251-3119
Guatemala, Guatemala

5 de Agosto

Impreso a los 15 días del mes de febrero de 2017



4a. Calle 23-80, Zona 14, Bodega No. 3
PBX: (502) 2420-0999
www.corporacionlitografica.com



“Dios te salve Reina y Madre de Misericordia.” Viernes Santo, 25 de marzo de 2016. Primer Centenario del Señor Sepultado de La Merced. Fotografía: Alfredo Lam.


3
Años
JESÚS DE LA MERCED